

## **Palabras de Rafael Laveaga, egresado de la UNAM, Jefe de la Sección Consular de la Embajada de México en Estados Unidos de América, durante la inauguración de la “Red UNAM D.C.”**

Washington, D.C., 20 de septiembre de 2018.

Cuando uno hace toda su escuela primaria, secundaria y preparatoria en un mismo tipo de colegio religioso y luego entra a la UNAM, lo que se genera es un *shock*. Mi primer día en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, en 1986, así lo confirma: en la explanada, una pareja del mismo sexo dándose un beso apasionado. Y en la fila para hacer el primer trámite, justo delante de mí, dos jovencitas hablando con groserías, lo que –con mi limitada formación de entonces- me escandalizó.

El *shock* finalmente desapareció cuando los maestros, los mejores maestros, me mostraron que no me había equivocado al elegir a la Universidad de la Nación. Mientras Héctor Cuadra me entusiasmaba con el realismo de Hans Morgenthau, Carmen Sáez lo hacía con sus recursos didácticos extraordinarios, al contarnos *todo* sobre Juárez y Porfirio Díaz. Mientras Javier Oliva disertaba sobre Teoría Social, Jacqueline Peschard desmenuzaba la ingeniería política de Giovanni Sartori. Mientras Gabriel Careaga me ayudó a recorrer los laberintos de la sociología, John Saxe-Fernández me abrió los ojos al mundo de la inteligencia, colocando mi mente en el proceso de toma de decisiones desde las “entrañas del monstruo”, como a él le gustaba parafrasear a José Martí. El anti-imperialismo de John era notable, como notable era su sentido de responsabilidad, su rigor académico y sus convicciones.

Fue él quien me despertó la necesidad de entender, desde México, a los Estados Unidos, y entonces me pareció que John veía un mundo radical. Hoy me asalta la duda sobre si tenía razón.

Las clases con 100 alumnos dentro de un salón, los libros de la biblioteca con páginas arrancadas y la “grilla” universitaria también me marcaron. Entonces creí que me marcarían para mal, pero hoy estoy convencido de lo formativo que fue. Porque al llegar a la UNAM, aterricé en el México real, en el México plural, en donde un buen gallo también canta. Y canta mejor, porque además de la excelencia académica -que sí se puede alcanzar- hay que librar obstáculos, a veces de gran tamaño. Obstáculos que en las instituciones privadas, simplemente, no existen.

El #OrgulloUNAM se forjó en mí a través de los años. Yo llegaba al campus tras recorrer 16 estaciones del metro y, luego, otras tantas de regreso. A veces esas 32 estaciones las recorría dos veces en un día, y aun así, llegaba con ilusión para tomar la clase. Le encontré sentido a la atmósfera universitaria, de morrales y pantalones de mezclilla. Me gustaba el aroma del atole, por las mañanas, el olor a quesadillas y hasta el de la tinta fresca de *La Jornada*, cuando pasaba sus páginas antes de la clase de 7.

Pero en esa atmósfera universitaria respiré, sobre todo, la cultura del esfuerzo, de la superación. La del estudiante que trabaja por necesidad y estudia por voluntad. La del estudiante que sabe que la UNAM, no solo es el mejor instrumento de movilidad social que tiene México, sino también el mayor proyecto educativo, científico y cultural de América Latina.

Como todo lo que vale la pena, para destacar hay que trabajar duro. Y en la UNAM es posible sembrar y es posible cosechar. Un proceso en el que he visto a muchos de mis compañeros, forjando mi #OrgulloUNAM.

Recuerdo a David, el más modesto de mi generación y, probablemente de la Facultad. Jamás olvidaré su sonrisa, de oreja a oreja, cuando sacaba una buena nota. Recuerdo a Guillermo, con quien muchas veces recorrí en esos años aquellas 16 estaciones del metro, desde nuestra colonia Santa María la Ribera, hasta la Ciudad Universitaria. Hoy, Guillermo es un distinguido miembro del Servicio Exterior Mexicano de Carrera. Recuerdo con orgullo –con #OrgulloUNAM- su papel clave en la Representación Permanente de México ante la ONU, en 2009-2010, cuando México perteneció al Consejo de Seguridad. También recuerdo a Reyna, otra de mis compañeras de banca, hoy una de las mejores Cónsules Generales que tiene México en Estados Unidos.

Y así la lista podría seguir y seguir, nombrando a todos y cada uno de ustedes, como la viva representación del éxito profesional de las personas egresadas de la UNAM. Su esfuerzo ha dado frutos hoy, pero no hubo que esperar hasta hoy: desde nuestros años universitarios, el trabajo duro fue recompensado con creces por la calidad de los maestros en las aulas, por la posibilidad de aprender tantos idiomas como quisimos en el CELE y por la oportunidad única de alimentar nuestro “espíritu hablante” en las salas del Centro Cultural Universitario.

Por eso siento el #OrgulloUNAM. Por eso, también, duele cuando a la Máxima Casa de Estudios se le pretende usar como botín político.

Pero gracias a reuniones como esta, mantengo el optimismo. Eventos como el de hoy recuerdan con claridad que fue, justamente, la presencia de egresados de la UNAM en Estados Unidos la que propició, hace 73 años, con el ex Rector Vasconcelos, la creación de la primera escuela de extensión en San Antonio, Texas, entonces el único campus universitario no estadounidense dentro de Estados Unidos. El éxito de esta escuela llevó a reproducir el modelo en Chicago y Los Ángeles.

Deseo que la de hoy sea la primera piedra de un largo y sólido camino, que fortalezca la conexión de las personas egresadas con su *alma mater*, porque así la UNAM seguirá trascendiendo en Estados Unidos, a través de cursos, difusión de la cultura mexicana, enseñanza del inglés y del español, y tantas y tantas iniciativas que, con imaginación, podremos llevar a cabo.

Ese es mi deseo hoy: una Red UNAM DC que contribuya a que mi universidad, nuestra universidad, siga siendo libre, plural, tolerante e independiente. Libre de intervenciones, libre de violencia. Libre y autónoma, promotora incansable del pensamiento crítico y de la libertad de cátedra. Con la entereza y energía de todos nosotros, no me cabe duda de que así será.

Muchas gracias.